

"EL HABITANTE"

Por JOSE P. DIAZ
Ed. LA GALATEA. 1949

La narración de tema fantástico, poco común en nuestras letras, tiene en el presente libro, pensado, elaborado, escrito con amplio dominio de su materia y del oficio, un ejemplo valioso y significativo, en que se intenta el género del relato. Importa señalarlo, por cuanto en nuestra literatura no es habitual: la narración uruguaya se lo saltea, oscilando entre el cuento —su modo preferido— y la novela.

En este relato ha conseguido el autor, y por parecerme eso esencial creo necesario insistir, la construcción de una melodía, de una melodía que podría llamarse mágica o fantasmal por cuanto no se formula de modo explícito nunca, pero que está omnipresente en cada una de sus páginas. A su mayor logro han colaborado todos los elementos puestos en juego en la obra, fundiéndose y compenetrándose hasta alcanzar, así, la unidad de tono, plástico y armonioso, que la caracteriza. Es quizás por ello que durante una reciente y morosa lectura he recordado en varias ocasiones la conocida frase, "de la musique avant tout chose", ligándola, en un inmediato proceso asociativo, a esta sensación de inabismable maravilla que dejan en el escucha ciertos temas de Haendel.

La obra se construye sobre un argumento rico en contenidos, pero simplificado de propósito, evitando todo alejamiento de su línea única: el amor adolescente que Alicia una criatura llena de vida que el autor presenta alegre, dinámica, bronceada por el sol, inspira a un ser fantasmal, el habitante de "El Médano" cuyo mundo es el de la tristeza y las sombras. Sus personajes eluden la psicología para transformarse en meras formulaciones prototípicas, la jovencita despreocupada, solo juventud y belleza, el padre tranquilo, bonachón, la solterona agriada e histérica, y, en el habitante, una cualidad melancólica y buena de alma sencilla que se asoma a la vida —perdida y ya imposible de recobrar ¿por qué?— con una ingenuidad constantemente conmovedora.

Pero ese tema, esos personajes, viven sumergidos en el paisaje, son, a veces, pretextos para la ordenación literaria de la naturaleza que los aprisiona y transforma en sus integrantes. Se trata de nuestro paisaje, el del mar y la costa de las playas del este, el del cielo limpio y repentinamente oscurecido —recuérdese la admirable descripción de la tormenta en las páginas 34 o 38— el de los bosques de eucaliptos, captado con una justa adecuación expresiva y con sobriedad de recursos: "El mar, a mis pies, saltaba como un perro encadenado" o "Ya no sentía golear, como hasta momentos antes, las espaciadas semillas de los eucaliptos".

Y por encima de todo lo anterior, como elemento cohesivo y musical, un lenguaje y un estilo. El primero depurado, con cierta severidad en su misma sencillez, y un estilo elegante y sobrio que revela honda y meditada lectura de los mejores escritores, que quizás se amamante en las letras francesas —podría pensarse en un Gide— y que demuestra, al cotejar este libro con otros trabajos anteriores del autor, la acendrada vigilancia que ha otorgado a sus medios expresivos.

Esta caracterización solo da una idea lejana de la calidad literaria del relato, por lo cual el crítico prefiere remitir directamente a su lectura.

El libro ha sido editado por el autor en su imprenta particular "La Galatea" y la colaboración que quien suscribe ha prestado a la ejecución tipográfica, no le permite el comentario de la misma.

ANGEL RAMA